

ESCENARIOS

La plaza, el selfie terminal y apocalíptico

El Conde de Torrefiel presenta a partir del próximo jueves 19 en los Teatros del Canal *La plaza*, reflejo de la obsesión por la imagen de la sociedad actual y de su deserción del ágora pública para recluirse en foros digitales.

Recuerda Tanya Beyeler (Lugano, 1980) el chillido aterrizado que pegó su hija de dos años cuando vio uno de sus actores con un *zentai*, ajustada prenda japonesa que cubre todo el cuerpo. En origen, se utilizaba como fetiche sexual pero en la actualidad también la lucen friquis que organizan incluso encuentros en los que los participantes concurren vistiéndola. “Creo que ha sido el grito más grande que ha dado en su corta vida. El hecho de no ver la cara de alguien crea una tremenda inquietud y desconfianza”, explica la fundadora y directora –junto a Pablo Gisbert (Onteniente, 1982)– de El Conde de Torrefiel, compañía a punto de cumplir una década de sugestiva carrera tanto en lo formal (con puestas en escenas muy cercanas a la *performance* y lo instalativo) como en lo temático (con incisivos y poéticos retratos de las derivas de la sociedad contemporánea).

El *zentai*, que otorga a las personas aspecto de maniqués, es un elemento clave en *La plaza*, su sexto trabajo escénico, estrenado en Bruselas y en el cartel de los Teatros del Canal los días 19, 20 y 21 de marzo. Como en *Guerrilla*, su trabajo previo, el ‘discurso’ se manifiesta en dos planos: por un lado, en lo que ocurre sobre las tablas y, por otro, en la narración que se proyecta al fondo. Ambos montajes comparten esa fórmula desdoblada de expresión pero, como apunta Beyeler, son muy diferentes. “*Guerrilla* era muy invasiva, te saltaba a la cara, con la música muy alta, con reflexiones sobre movimientos geopolíticos mientras que *La plaza* es menos categórica y contundente y mucho más discreta, difuminada, impresionista e introspectiva: se centra en la vida de un espectador que sale del teatro y en el recorrido que hace en su vuelta a casa”, describe Beyeler al teléfono mientras embarca para

volar a Oslo, donde antes de asentarse en el Canal también exhibirán *La plaza*.

Que el protagonista sea un espectador que asiste a una representación genera inmediatamente un lazo de identidad con cada uno de los miembros del público. Hay además otro detalle que lo refuerza todavía más: la narración se emite en segunda persona del singular. El ‘tú’, así, interpela directamente a un patio de butacas encarado a la nada. Literal: de entrada lo único que se ve es un espacio negro vacío. Nada sucede, aparentemente, lo cual incita a que uno vuelva la vista hacia sí mismo y comience el ejercicio de introspección y la necesidad de llenar esa ausencia con sus propios pensamientos, prejuicios, miedos, deseos... Es una apuesta que podría catalogarse de anti-teatro y compararse con transgresiones como la del lienzo *Blanco sobre blanco* de Malevich. Beyeler confiesa que les atraía

trasvasar al mundo de las artes escénicas estos vacíos mucho más representados en disciplinas como la pintura.

LENGUAJE ENGAÑOSO Y TOTALITARIO

Ese ‘antiteatro’ es también una metáfora que se revuelve contra la saturación de imágenes que nos cerca desde la eclosión de las redes sociales, que han alentado la vanidad hasta extremos difícilmente soportables. Un exhibicionismo desbocado que despierta mucha inquietud en El Conde de Torrefiel. “Yo siempre me pregunto por lo que está fuera de foco, por el contraplano de todas esas fotos, que es donde podemos encontrar la fragilidad humana, no esa realidad fingida que se pretende transmitir. Esa carencia crea un lenguaje muy engañoso y totalitario a la vez”, sentencia Beyeler. El *zentai* tiene algo de reflejo de ese afán narcisista, porque la inflación visual provoca, en última instancia, ceguera: llega un mo-





LUISA GUTIÉRREZ

mento en que los ojos son incapaces de mirar con atención. Todo ante ellos acaba siendo un magma informe y anónimo. La cara (espejo del alma) desaparece. Es la paradoja de la sobrexposición.

Decía Beyeler que estos encuadres y trucos tramposos pueden degenerar hasta alcanzar una estética totalitaria y deshumanizada. Es también lo que ocurre con la deserción de nuestra sociedad de la plaza pública para recluirse en los foros digitales. Una estampida que es otro de los temas centrales de este montaje. En la segunda parte el escenario se puebla de personajes: mujeres musulmanas con su pañuelo, turistas, estudiantes, oficinistas... Paisanaje habitual en nuestras ciudades con el que se va cruzando el protagonista en su retorno a casa.

**“EN LAS FOTOS DE LAS
REDES LA FRAGILIDAD
HUMANA ESTÁ FUERA DE
PLANO Y ESO ES PELIGROSO”
TANYA BEYELER**



BRUNO SIMAO

Pero esa cotidianidad familiar se observa a través de un filtro (el *zentai*, el ritmo y el tempo desfasados...) que produce extrañamiento, una sensación alienante. Todo cobra un aire etéreo y espectral. “El espacio público ofrece límites hoy difusos,

es una realidad líquida, disuelta por numerosas subjetividades que cohabitan sin tocarse”, señala Beyeler. El concepto cristiano del prójimo (ver al otro como a uno mismo) se diluye en la multiplicidad de individuos haciendo cada uno la guerra (y la paz) por su cuenta. La distopía insolidaria ya está aquí. El Conde de Torrefiel enciende la alarma y, de paso, fuerza a su público a mutar en lectores. Esta es una de las marcas de la casa de la compañía catalana, recurrente presencia en citas como el Grec y Temporada Alta y con una gran proyección internacional en el circuito festivalero. “Es como si el espectador abriera un libro en 3D, bueno, en 4D, porque también tiene banda sonora”, precisa Beyeler. “El texto es nuestra manera de ligarnos emocional-

mente con él porque la imagen que ofrecemos es siempre distanciada y fría”.

En su último espectáculo, *Kultur*, optan en cambio por la narración oral, que se susurra con voz monocorde y narcótica al público a través de cascos, lo que hace más íntima la experiencia teatral. Se vio en la última edición de Temporada Alta y demostró el riesgo que asumen: era una escena porno real, plasmada con toda su gélida frialdad material, a la manera del Houellebecq de *Plataforma*. Recreaban así la experiencia vacía del onanismo compulsivo propiciado por la red, con su barra libre de sexo al alcance de cualquiera. Por su parte, en *La plaza*, como dice el dramaturgo italiano Roberto Fratini, El Conde de Torrefiel “nos ofrece, exponiéndola, la sonrisa alelada de una humanidad sacándose el último de sus autorretratos”. El *selfie* como síntoma terminal y apocalíptico. **ALBERTO OJEDA**